



AIBR
**Revista de Antropología
Iberoamericana**
www.aibr.org
Volumen 9
Número 2
Mayo - Agosto 2014
Pp. 141 - 162

Madrid: Antropólogos
Iberoamericanos en Red.
ISSN: 1695-9752
E-ISSN: 1578-9705

Construir un barrio organizado:

Políticas habitacionales y categorías socioespaciales
en una villa de Buenos Aires.

Maria Cecilia Ferraudi Curto
IDAES-UNSAM/CONICET

Recepción: 14.11.2012
Aceptación: 11.07.2014

DOI: DOI: 10.11156/aibr.090203



RESUMEN:

La oposición entre las categorías de villa y barrio ha sido central en los análisis académicos sobre el hábitat popular en Argentina. La urbanización de una villa en el Gran Buenos Aires constituye una oportunidad de actualizar esos debates, colocando las categorías en movimiento. El análisis etnográfico de la categoría de barrio en la urbanización de Villa Torres (La Matanza) ayudará a explorar cómo este se constituye como «emblema» de la política pública, logrando captar variados recursos. De este modo, se analizará cómo se legitima la urbanización proyectando una imagen del barrio, de la urbanización y de quienes la conducen como «gente del barrio» para mostrar cómo el conocimiento local se imbrica en esta política pública.

PALABRAS CLAVE:

Villa, barrio, etnografía, políticas públicas, Buenos Aires.

* Artículo basado en investigación aprobada por el concurso nacional de investigación científica, Fondecyt-Chile N° 1100021 (2010-2013) «Construcción de una Taxonomía de Enfermedades Músculo-Esqueléticas en población Mapuche. Un estudio multimétodo».

BUILDING AN ORGANISED NEIGHBORHOOD: HOUSING POLICIES AND SOCIO-SPATIAL CATEGORIES IN A BUENOS AIRES SHANTYTOWN

ABSTRACT:

The opposition between the categories of shantytown and neighborhood has been crucial in the disciplinary analyses of popular habitat in Argentina. The urbanization of a shantytown in Great Buenos Aires enables us to refresh this discussion, setting the categories into motion. The ethnographic analysis of the category of neighborhood in the urbanization of Villa Torres (La Matanza) will help to explore how this shantytown is constructed as “emblem” for public policies, receiving various resources. In fact, this paper will analyze how the urbanization is legitimized through an image of the neighborhood, of the urbanization and of the people in charge of it as “*gente del barrio*” [people from the neighborhood] in order to show how local knowledge is implied in this public policy.

KEY WORDS:

Shantytown, neighborhood, ethnography, public policies, Buenos Aires.

Llegué a Villa Torres con un equipo de científicos sociales contratados por el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires para realizar un diagnóstico sobre el barrio en vistas de la formulación de políticas de inclusión social, en junio de 2007. Se trataba de una villa¹ en La Matanza enmarcada en un proceso de urbanización². Una de las preguntas iniciales en nuestra guía rezaba: ¿Cómo es el barrio?

La primera entrevista que realicé fue a Analía³, una muchacha que, luego de terminar el colegio secundario, comenzó a trabajar como secretaria en una de las cooperativas que efectúan las obras de construcción (por insistencia de un vecino, presidente de la cooperativa). Ante mi pregunta, ella respondió: «*Tenés dos partes: Torres y Torres VIP*». Luego, lanzó una carcajada.

En un sentido, su respuesta resultaba evidente. El proceso se había desplegado a partir de la toma del campito del «fondo del barrio» en 1999, llevada a cabo (según narraban hoy) por «los jóvenes del barrio». El reclamo se había consolidado como urbanización de toda Villa Torres, entramándose en una amplia gama de políticas públicas vigentes a partir del gobierno de Néstor Kirchner (2003-2007). Las obras habían implicado demoler casas del «casco viejo» (planificando redistribuir los lotes por manzanas y trazar calles, reemplazando los pasillos) y mudar a las familias a medida que se construían los chalecitos en el «casco nuevo» (donde había tenido lugar la toma y, una vez desplazada, habían comenzado las obras planificadas estatalmente). No solo las edificaciones y el trazado urbano diferenciaban a un sector de otro sino que un gran pozo de barro, donde sería la avenida central, los separaba cuando fui en 2007. Es decir, la división entre «parte nueva» y «parte vieja» era algo directamente visible y reconocido por todos. Pero la alusión irónica de Analía a esta división implicaba algo más.

En este artículo pretendo seguir la inquietud por las formas de clasificación socioespacial locales a partir de una categoría central en el proceso de urbanización: la de «barrio». Esta contribución está enmarcada en mi investigación doctoral, orientada a elaborar un modelo etnográfico de

1. El término villa («villa miseria» o «villa de emergencia») corresponde en Argentina a lo que se conoce como «favela» en Brasil, «cantegril» en Uruguay o «callampa» en Chile.

2. Ubicado al sudoeste de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, La Matanza es el municipio más extenso del Gran Buenos Aires (325,71 km²), y el más populoso (1.253.921 habitantes en 2001). Según los funcionarios del programa de urbanización de villas y asentamientos municipal, registra más de cien barrios informales. Entre ellos, Villa Torres es uno de los más antiguos. Actualmente, cuenta con 7.500 habitantes.

3. Los nombres de personas y lugares han sido modificados para preservar la identidad de quienes me confiaron su palabra. A lo largo del texto, utilizo las comillas en la mención de los términos nativos.

la política a partir de la urbanización en Torres⁴. Propongo una línea analítica de radicalización etnográfica en base a la antropología de la política brasileña⁵. En este sentido, la elaboración teórica se despliega a lo largo del relato etnográfico. A lo largo de la tesis, muestro cómo Villa Torres se constituye y sostiene como «emblema» de urbanización (en términos del intendente), inscribiéndose así en la propaganda gubernamental. Se trata de una operatoria que implica edificar viviendas y proveer infraestructura y servicios, gestionar recursos de agencias estatales, administrar los desplazamientos de la población y la adjudicación de derechos poseorios, movilizar en apoyo de las iniciativas gubernamentales y, centralmente, mostrar los logros frente a diversos visitantes. A la distancia, la urbanización puede aparecer como un modo estatal de «hacer legible el territorio», oponiendo una planificación técnica homogeneizadora frente a los vericuetos de un conocimiento local práctico, situado e interesado (Scott, 1998). Como mostraré aquí, la urbanización en Villa Torres cuestiona esta contraposición. Mi argumento se desarrolla a través de tres movimientos. Primero describo cómo quienes llevan adelante la urbanización se presentan como «gente del barrio», validándose en el marco de dispositivos de gobernabilidad específicos. Segundo, desarrollo cómo la urbanización se constituye sobre un horizonte local de expectativas tejido en torno del «cambio» como valor, en una apropiación singular de la oposición villa/barrio. Por último, considero cómo el propio proceso ha implicado un trabajo complejo de actualización de los sentidos del barrio y sus divisiones, que se sostiene sobre un profundo conocimiento local entramado en la política pública.

4. El trabajo de campo se desarrolló entre julio de 2007 y octubre de 2009. Se dividió en dos etapas: primero, una aproximación grupal de tres meses en el marco del diagnóstico; luego, un trabajo prolongado individual para mi tesis doctoral. En términos generales, comprendí entrevistas a funcionarios y habitantes del barrio, observaciones participantes en las oficinas municipales, cooperativas, instituciones, comercios y viviendas del barrio así como la asistencia a actos políticos y presentaciones ante «profesionales», entre otras actividades. A la vez, la investigación involucró el análisis de otras fuentes tales como notas periodísticas, informes de los programas y fotografías. En este artículo, se citan entrevistas realizadas por Martín Cortés, Damián Fau, Cecilia Ferraudi, Marcelo Ribero y Natalia Verón.

5. Partiendo de una crítica de las concepciones académicas de política en tanto participan de presupuestos modernocéntricos (que operan normativamente a lo largo del análisis), la premisa básica de esta corriente consiste en considerar que «*la categoría 'política' es siempre etnográfica –ya sea para quienes son observados o para el propio investigador*» (Peirano, 1997: 22). Antes de dirigir la atención hacia partidos, elecciones, parlamento o políticos profesionales, se parte del concepto maussiano de *hecho social total* para reconstruir desde allí los sentidos etnográficos de política en acto.

Una urbanización hecha por gente del barrio

Como parte de un equipo de «profesionales del gobierno», mi primera visita a Torres comenzó con una ronda de presentación comandada por José, el dirigente barrial. Diferentes personas contaron brevemente sobre su trabajo en el barrio: uno estaba a cargo de las obras, otro organizaba a los pibes que demolían viviendas viejas, una tercera se ocupaba de los traslados de las familias y una arquitecta verificaba los avances de obra. Todos, excepto la arquitecta, habían vivido en el barrio. Solo el maestro mayor de obras se había mudado «afuera», aunque su madre seguía viviendo allí. Como cierre, José dijo que la urbanización era un proyecto muy grande, que había mucha gente y cada uno hacía muchas cosas. Contó que acababa de hablar con una mujer para que se mudara, que había accedido después de tres años, que ellos ya sabían que era así y esperaban. Nos mostró su propia casa, a pocos pasos de donde estábamos, aún sin terminar. «*Para que la gente no deje de creer en el proyecto*», explicó. También se refirió a los «profesionales», que ya vinieron muchos, que no conocen lo que quiere la gente y quieren venir a decir lo que hay que hacer. «*Nosotros vivimos acá toda la vida y sabemos*», aseguró.

Luego, nuestra visita implicó un «recorrido» por el barrio en grupos organizados por guías locales que formaban parte de la cooperativa barrial. Antes de partir, se produjo una tensión. Nuestros guías pretendían mostrarnos a todos el «casco nuevo». Cuando, ante nuestra insistencia, accedieron a asignar distintas zonas del barrio a diferentes grupos (y mi grupo partió para la «parte vieja»), me llamó la atención una cuestión: la guía se detenía en los escombros de casas demolidas. Mientras nosotros procurábamos que nos mostrara «el barrio» (y ella respondía tranquilamente a nuestros interrogantes al respecto), su interés se volcaba hacia lo que allí dijera «*urbanización*».

Mostrar la urbanización forma parte de las actividades habituales de los integrantes de la cooperativa barrial frente a funcionarios, dirigentes de otros barrios y profesionales que los visitan. Entonces, la urbanización es presentada como un logro protagonizado por la «gente del barrio» (con el apoyo del gobierno). En la página *web* del municipio, la urbanización de Villa Torres ocupa un lugar destacado como un proyecto municipal que, construido a partir de la iniciativa de un «grupo de vecinos», ha logrado combinar recursos de organismos internacionales de crédito, Estado nacional y provincial. Hoy, su dirigente se desempeña como funcionario del programa de urbanización de villas y asentamientos municipal mientras Villa Torres es presentada como «emblemata» para aplicar en otros lugares del distrito. Como señala José, «*antes tenía que*

hablar cinco años para que me creyeran; ahora, los traigo acá y listo». En principio, una marca clave del proceso de urbanización en Torres –que suele aparecer resaltada por los guías locales, los funcionarios estatales y los medios de prensa que abordan el tema– consiste en que se trata de una urbanización encarada por «gente del barrio».

Para explicar esto, los protagonistas suelen aludir a la historia de la urbanización (Ferraudi Curto, 2009). Sus orígenes se remontan a la toma colectiva de tierras que tuvo lugar en el «fondo del barrio» en 1999. Según el relato, los «jóvenes del barrio» ocuparon un terreno reconocido como parte del barrio a partir de una política pública de regularización de dominios entonces vigente. Luego, gracias al apoyo del párroco, comenzaron las reuniones para organizar un grupo que pudiera «gestionar» en «el Municipio», en «Provincia» y, sobre todo, en «Nación». El reclamo logró inscribirse en el Estado a través de dos movimientos claves: 1) el grupo organizador, encabezado por José, consiguió reemplazar a las autoridades de la cooperativa barrial que se había conformado bajo dicho programa de regularización de dominios, pudiendo así representar al barrio frente a las autoridades nacionales a cargo del mismo; 2) en un contexto marcado por el estallido social de 2001, el grupo obtuvo el apoyo del intendente municipal por mostrarse como un «barrio tranquilo» (según palabras del arquitecto responsable del programa) por oposición a otros barrios de La Matanza donde se destacaba la presencia de organizaciones piqueteras (las cuales, tomando el problema de la desocupación, realizaban protestas en reclamo de subsidios).

A mi modo de ver, este énfasis en el protagonismo de la «gente del barrio» se comprende mejor a la luz de la focalización de las políticas públicas vigentes desde la década de 1990 para enfrentar la pobreza (Prêvot-Schapira, 1994). Desde una concepción territorial de la focalización, el barrio fue definido como la unidad de implementación. En ese sentido, es posible hablar de «estatalización del barrio» (Frederic, 2009: 259), destacando el trabajo de los habitantes para ser «reconocidos» por el Estado y así recibir diferentes recursos (planes, alimentos, medicamentos, becas). Dentro de este marco –y siguiendo a Cravino (2008)–, uno de los rasgos de las políticas implementadas desde los 90 se vincula con la apelación a la noción de comunidad, que tiende a proyectar una imagen relativamente homogénea y armónica del espacio local (diferenciándolo del resto de la sociedad), junto con un énfasis en la idea de participación de los vecinos –previamente seleccionados por su pobreza–. Este esquema, implementado en los programas habitacionales, suponía la conformación de actores colectivos. A diferencia de los programas «llave en mano» previos, las políticas de regularización de dominios vigentes en

los 90 apuntaron a dos «*unidades de intervención en la transferencia de dominio: a) el barrio como totalidad; b) familias por lote*. En ambos, se necesitó consenso de todo el barrio para estas acciones» (Cravino, 2008: 64). Finalmente, los programas se regían por criterios fuertes de inclusión o exclusión guiados por la distinción entre «barrios organizados» y «barrios desorganizados» (Cravino, 2008: 68). Aunque otras políticas públicas buscaron romper con las premisas neoliberales, este rasgo continuó vigente en varios programas implementados durante el gobierno kirchnerista a la vez que, luego de 2001, se multiplicaron los recursos provistos desde el gobierno central. Mientras Cravino destaca la tensión que las categorías suponen para actores locales que deben definirse simultáneamente como carentes y unidos, aquí me interesa mostrar cómo los propios actores construyen y sostienen esta definición para ser reconocidos por el Estado.

En principio, la urbanización de Villa Torres podría concebirse como un procedimiento de legibilidad. Según Scott, el Estado moderno busca «*traducir lo sabido a un estándar común necesario para una mirada sinóptica*» (1998: 2). Llevado al territorio, implica la legislación de un sistema de propiedad, la demarcación de predios, su registro catastral y la organización cuadrículada de las ciudades. Si estos procedimientos se entroncan con formas de conocimiento generalizable (como la ciencia), Scott busca mostrar su fracaso frente al conocimiento práctico situado, local e interesado que los sujetos usan para desenvolverse según contextos y oportunidades. La contraposición entre ambas formas de conocimiento es un eje central de su elaboración.

Como otras villas, Torres suele figurar como espacio vacío en los planos metropolitanos (solo tres manzanas planificadas estatalmente en los 60 aparecen graficadas). La urbanización es una forma de estandarizar ese espacio y registrarlos en documentos. Más aún, el conocimiento técnico es un elemento clave de la planificación general del proyecto urbanístico. Los saberes especializados aparecen en planos, censos y planillas, así como en el lenguaje habitual de nuestros guías. Pero eso no es todo. Como mostraré, no se trata de una contraposición tajante entre conocimiento estatal abstracto y conocimiento local situado en tanto el conocimiento local aparece incorporado en el dispositivo estatal de gobernabilidad. La constitución de Villa Torres como barrio organizado ayuda a comprender esta especificidad.

Constituirse (y mostrarse) como un barrio organizado, especialmente (pero no exclusivamente) ante alguien que era visto como «profesional del gobierno», resultaba clave en la continuidad de Torres como «emblema» de urbanización. A partir de allí, el dirigente barrial, nuestra guía

y Analía desplegaban diferentes alternativas. Mientras José subrayaba su conocimiento local como forma de convencer a los vecinos y limitar las pretensiones de los profesionales, nuestra guía buscaba mostrarnos aquello que hacía singular a Torres: la urbanización. Analía, en cambio, permitía introducir algunas diferenciaciones locales que la misma urbanización ponía en juego.

Torres y Torres VIP

«*Cambiar una villa por un barrio*» señalaba una nota periodística en 2007 en referencia a Torres. ¿Es posible pensar la urbanización en esos términos? Como ha señalado Wacquant (2007: 14), la marginalidad urbana adoptó formas específicas de acuerdo a los modos en que se han vinculado Estado, clases y espacio a lo largo de la historia de diferentes sociedades. Mientras su análisis contrapone el *ghetto* de Chicago y las *banlieues* parisinas, aquí muestro la especificidad de una villa en Buenos Aires. En esta metrópolis, la categoría «villa» es concebida en relación a la de «barrio». Como señala la nota periodística, ambos suelen aparecer contrapuestos y jerarquizados.

En Buenos Aires, la expansión urbana se realizó del centro a la periferia a través del loteo y la autoconstrucción, dando lugar a la formación de barrios caracterizados por la sociabilidad intensa (muchas veces asociada a un origen migratorio común) y la organización colectiva para la demanda de infraestructura y servicios (Gutiérrez y Romero, 1995). El Estado, que intervino en la planificación urbana a través del mapa de la ciudad (la cuadrícula urbana y sus límites), solo *a posteriori* proveyó de infraestructura y servicios constituyendo una diferencia notoria entre Capital y Gran Buenos Aires asociada a la temporalidad de la cobertura (Gorelik, 1998). Esto configuró la fisonomía de la metrópolis y los imaginarios en torno de la misma. Tanto la valoración del barrio como la separación entre Capital y conurbano pueden asociarse a este proceso.

Surgidas desde los inicios de la expansión urbana, las villas se extendieron a partir de 1930 aunque constituyeron una alternativa minoritaria (pero muy visible) frente a los loteos populares cada vez más distantes del centro. Las ciencias sociales han abordado el tema desde su institucionalización disciplinaria a fines de los 50. Si inicialmente la teoría de la modernización comprendía la villa como una forma de hábitat pasajera en la transición de la población rural a la urbe –para lo cual se diseñaron políticas habitacionales «educativas» (a las que se pueden asociar los orígenes de Villa Torres)– (Germani, 1967; Margulis, 1968), pronto prevaleció una mirada que buscaba dar cuenta de los modos de

vida de los «villeros», considerándolos como una población segregada y estigmatizada dentro de la ciudad (Ratier, 1971; Hermitte et al., 1983; Guber, 1990; Cravino, 2008). Frente a las villas, las políticas estatales han transitado desde los planes de erradicación de los gobiernos militares (Oszlak, 1991) hasta los recientes programas de urbanización, pasando por políticas de relocalización y de regularización de dominios. En estas políticas la villa es vista como un territorio por fuera de la ciudad, como un problema; y el Estado, como el encargado de solucionarlo. Esto podría dar lugar a una visión simplificada sobre la relación entre villas y Estado. Aquí se intenta complejizar esta relación por los orígenes de Torres como barrio planificado estatalmente y, sobre todo, por el modo actual en que los pobladores se apropian de la urbanización.

Villa Torres se diferencia de otras villas por sus orígenes asociados a una política estatal. Las primeras casas, denominadas «medio caño», formaron parte de un plan de viviendas provisorias diseñado para erradicar las villas de Capital durante el gobierno constitucional de Frondizi (1958-1962). Luego el barrio se fue ampliando con pobladores erradicados de villas porteñas y migrantes (internos y de países limítrofes) que ocuparon paulatinamente tierras poco valoradas, en cuyo fondo se localizaba un basurero municipal. A esa duplicidad parecen encadenados sus dos nombres: Barrio Arieta y Villa Torres.

A lo largo de la historia, diferentes modalidades de acción colectiva se llevaron a cabo para lograr los servicios y la infraestructura básicos. Según los primeros pobladores, la escuela fue edificada por soldados provenientes de unos cuarteles cercanos, en los 60. La primera capilla, en cambio, fue levantada por migrantes paraguayos poco más tarde. Ambas se ubicaban frente a frente, a una cuadra de la ruta. A principios de los 80, los reclamos colectivos vinculados al tendido de agua y luz lograron respuesta por las «gestiones» de un afamado dirigente barrial peronista. Quienes encabezan la urbanización suelen recordar a este hombre como antecesor. Hoy, las transformaciones actualizan sentidos sedimentados del barrio, y expectativas largamente añoradas. ¿Se trata de un pasaje de villa a barrio?

Comencé a elaborar una primera aproximación a dicha cuestión a partir de la respuesta de Analía. Su caracterización del barrio se iniciaba marcando irónicamente la fractura. La descripción de ambas partes llevaba a un neto contraste que no solo comprendía los aspectos materiales del espacio sino que se extendía hacia las personas que allí residían y sus hábitos. Marcela, una mujer que también vivía en Torres y trabajaba en la urbanización pero, a diferencia de Analía, se había mudado a la parte nueva, se sumó a la charla. Entre ambas comenzaron a enumerar los

rasgos distintivos:

E.–¿Cómo le explicarían a alguien que no es de acá cómo es el barrio?

A.–Tenés dos partes: Torres y Torres VIP... [risas] Sí, yo le digo así...

Marcela.–Acá [en la parte nueva] no ves a los pibes en las esquinas, no sé si porque no hay pasillos... Pero acá es la una de la tarde y no ves gente en la calle, pibes en las esquinas. Allá [en la parte vieja] sí, todo el tiempo, no sé por qué... El tema de la limpieza... Yo creo que es porque hay menos gente, o porque es distinta...

A.–Acá te cambia la manera de vivir...

M.–Respetás más a tu vecino... Allá se escuchaba la música a todo volumen y acá no, tratás de no hacer tanto ruido porque las casas están apareadas y si no, por ahí molesta...

A.–Cambian un montón de cosas de la manera de vivir, me parece más lindo... ¿Sabés lo que daría yo por tener una casa acá? No renegás con el agua, con la luz, tenés tu casa, con cerámicas, que no se llueve, no tenés humedad... Cambia en muchas cosas. Allá si el vecino está peleándose, vos estás escuchando todo porque estamos todos pegados. No podés hablar fuerte en tu casa porque están escuchándote. Creo que es muy distinto.

M.–Es como que tratás de superarte más, de tenerlo más lindo, la gente trata de no tener basura en su casa... No tener el frente feo. Porque mi vecina que lo tiene feo, para mí está arruinando su casa. Todos dicen lo mismo. No querés arruinar tu casa. Está tan linda cuando te la entregan...

En principio, la división en sectores del barrio contribuye a mostrar los logros de la urbanización, espaciando dicotómicamente un proceso. Para marcar ese contraste, el primer indicador resulta iluminador: los pibes en las esquinas. Como señala Kessler (2004: 239), la esquina está asociada al «bardeo»: no siempre implica actividades ilegales sino que la música fuerte, las borracheras o las bromas a los transeúntes desafían las reglas básicas de convivencia barrial. En Villa Torres, esta cuestión aparece como uno de los problemas centrales del barrio, vinculada al consumo de drogas, a los pequeños robos en la ruta contigua (que dan mala fama al barrio) y al riesgo de muerte. Más aún, existen diferentes iniciativas orientadas al mismo. Desde la parroquia, un grupo de madres coordinado por el cura (en el cual participa una hermana de Marcela) organizó un centro de internación de jóvenes con problemas de adicciones, sustentado con el apoyo de diferentes instancias estatales y especialmente del programa de urbanización. Desde la cooperativa, se han dispuesto diferentes grupos orientados a los jóvenes del barrio (demolición, paredón, limpieza), poniendo el eje en el trabajo como salida. Ambas propuestas

tienden a articularse entre sí. Además, existe otra iniciativa más distante de esta red central que realiza talleres de salud reproductiva, recreación y contención (con el apoyo del Consejo de Niños, Niñas y Adolescentes municipal). En conclusión, la cuestión de los pibes en las esquinas es reconocida como un problema central.

Por eso, la primera manera de marcar el contraste entre parte nueva y parte vieja consiste en señalar su ausencia. Marcela esboza una explicación: podría asociarse a la inexistencia de pasillos (para ocultarse); pero remite a algo más general, a otro uso (menor) de la calle. Así como la circulación se reduce, se busca evitar que lo que ocurre dentro de la casa irrumpa hacia fuera. A la vez, la propia casa es un espacio valorado.

Enseguida, el diálogo comenzó a girar en torno de la vivienda. Implica mejores condiciones de vida. Aún cuando la mirada de Analía parece más idealizada que la de Marcela, ambas coinciden en resaltar el cambio y las obligaciones que supone: hacia la casa, que debe ser cuidada, mantenida limpia, linda; y hacia los vecinos, respetándolos más. El cambio de lugar es concebido en términos morales. Conlleva un cambio en la persona, y es a partir de allí que se justifica. Implica superarse, progresar... Aunque hay excepciones.

E.—Igual hay algunos...

M.—Sí, hay algunos... Gente que le decís pero igual... Gente que cartonea, que tiene sus cosas. A mí me tocó la señora de al lado. Fui la primera que levantó la pared bien alta y así levantamos todos la medianera por la basura. Pero hay gente que la tiene igual.

A.—Acá hay gente que cambió y otra que no, que sigue en lo mismo, pero son muchos más los que cambiaron...

M.—Además el hecho de tener tu casa, es tan difícil. Hay personas jóvenes que tienen su casa. [...] A veces no lo puedo creer...

La casa continúa siendo el eje. Desde la oposición entre limpieza y suciedad, Marcela se diferencia de un grupo dentro del barrio: quienes cartonean. Todos los días es posible observar hombres, mujeres y chicos que salen del barrio con carros tirados a caballo para recolectar lo que otros desechan (cartones y papeles, barras de metal, alambrados, campanas de asadores, sillas desvencijadas), luego los apilan en sus patios, esperando la ocasión de usarlos, venderlos o darlos. Al tildarlos de basura, Marcela omite estos usos, desprecia los objetos y descalifica a quienes los acumulan. Así da cuenta de la categoría inferior en la escala social local. Lejos de constituir un universo homogéneo, Villa Torres se muestra como un barrio socialmente diferenciado en el cual se despliegan variadas tácticas

de distinción. Frente a su vecina, Marcela levantó un muro. ¿Quizá distinguirse tenga que ver con encerrarse?

Finalmente, tener la casa propia es el mayor logro posible. Horizonte del ascenso social, hoy casi imposible a través del ahorro, se convirtió en realidad gracias a la urbanización, incluso para los jóvenes. Aunque el programa no incluye títulos de propiedad (supuestamente se habilitará un sistema de cuotas a 50 años, y otros vecinos usan este argumento para protestar por la calidad de algunas construcciones), Marcela asume ese espacio como propio. Pero si ella lo observa como meta, otros, en cambio, combinan la valoración de las casas con la aspiración de «cambiar», irse, mejorar... Como sostenía Irene:

Mi futuro no es quedarme acá. Porque ya tanto que conocés a la gente, ya querés cambiar. Mirá que cambié en la villa... Me vine acá [a la parte nueva]. Acá estoy mejor, mucho mejor, y quiero mejorar: quiero recibirme, conseguir laburo, irme con mis hijos a otro lado. Me gusta, me gusta la organización, porque ya te digo que mucha gente nunca hubiera esperado... Yo tampoco, yo en mi vida hubiera pensado que iba a tener una casa, una losa. Siempre una casa de material, ¡pero una losa! Esa situación que tenés pieza, dormitorio, baño adentro, es muy lindo. Ya te digo, lo que nos costaba a nosotros tener un cemento, de repente tener todo, es un cambio bastante grande, cerámica, es una forma de diseño buen buena de todas las cosas que tenés, más cuando tenés chicos.

Como Analía y Marcela, Irene valora la casa nueva. En especial, resalta rasgos estructurales de la vivienda: su tamaño, su organización en varios ambientes, su solidez en términos constructivos y su terminación. Como ellas, Irene también valora el cambio. Pero, a diferencia de Analía y Marcela, ella aspira a irse del barrio a través del estudio y del trabajo. En la presentación, José se refirió a la toma como una opción elaborada por los jóvenes del barrio que, habiendo formado familia, no podían irse del barrio por razones económicas y vivían amontonados en la vivienda de sus padres. Casi 10 años después, Analía, Marcela e Irene evalúan opciones semejantes pero enfrentan una situación diferente: ahora la casa nueva es reconocida como valor (sobre todo para los jóvenes) e irse es evaluado en relación con eso. Pero, aun cuando las elecciones sean diferentes, todos ellos construyen las opciones en base a una concepción que encuentra el mejorar, el cambiar, como valor central.

Aquí he comenzado por la oposición entre Torres y Torres VIP. En principio, se trata de una valoración de la urbanización como cambio, progreso (matizada por la ironía y el establecimiento de diferenciaciones internas). Pero el desplazamiento del barrio a la casa en la estimación de

la parte nueva resulta significativo para cuestionar los discursos que ven la urbanización como un simple pasaje de villa a barrio. Para Marcela y Analía, el pasaje requiere validarse apelando a nociones estéticas, higiénicas y morales. De todos modos, sus palabras pueden indicar también algo diferente: las valoraciones asociadas históricamente a Villa Torres. Esto se evidencia en el lenguaje corriente de los pobladores locales. En las charlas habituales, la parte nueva del barrio es nombrada como «las casitas del fondo». Aunque comenzaron a cobrar vida, a medida que más familias se mudaban allí y se abrían negocios (no contemplados en la urbanización), la diferenciación entre ambos sectores (y la valoración de las casas nuevas) no desmiente que el centro del barrio esté asociado a la parte vieja (y a un sector de ella). A la vez, el vínculo hacia fuera es valorado, y la aspiración de irse también existe como horizonte, sea realizable o soñado. Para eso, la cercanía con la ruta es fundamental. Como los padres de Analía, muchos habitantes no quisieron trasladarse a las casitas, esperando que les edificaran en el lugar. Actualmente, las cooperativas han comenzado a realizar obras «*adentro* del barrio». En otras palabras, es preciso entender a Villa Torres como barrio para comenzar a desentrañar los sentidos de la urbanización (y cómo el proceso implica una lectura compleja de su historia).

Barrio Arieta / Villa Torres

Cuando querés presentarte para un crédito decís: vivo en Arieta. Si vos querés impactar, decís: vivo en La Torres.

(Padre Tuchi, párroco de Villa Torres)

Una discusión común en la bibliografía académica respecto de las villas se vincula con la centralidad del estereotipo de villero. Es decir, la distinción entre villa y barrio no es tanto una cuestión de las condiciones de vida (que varían significativamente entre diferentes zonas de la ciudad, sean loteos, asentamientos o villas) o de estilos de vida (que distan de ser homogéneos localmente) sino de estatus, de prestigio. Ratier (1972) historia el planteo, asociándolo a una cuestión de poder: desde el insulto de *cabecita negra* al mote de *villero*, transcurre la caída de Perón y la pérdida de poder de sus seguidores que, entonces, comienzan a ser vistos como pobres (o marginales), pasibles de ser estudiados y socorridos en los gobiernos constitucionales (o erradicados en los gobiernos de facto). Guber (1991) plantea el contraste entre la mirada de fuera y la mirada de dentro de la villa sobre la identidad villera en la década de 1980. Ambos

textos discuten con el concepto germaniano de marginalidad. Por último, Cravino actualiza el debate, concibiéndolo en el marco de una discusión sobre segregación urbana: «*las villas son barrios con pretensión de ser 'barrios' similares a los formales. En otras palabras, fragmentos de ciudad sin status de ciudad*» (Cravino, 2006: 50). Para ella, el estereotipo de villero está asociado al pobre indigno. En Villa Torres, como muestra el párroco, el estatus parece una cuestión disputable, contextual y relativa. Sobre esta cuestión debatían Marcela y Analía, introduciendo matices a partir de su propia experiencia urbana.

Analía llegó a Villa Torres hace diez años: «*Provisoriamente dije-ron mis viejos*». Como señala Cravino (2008: 95), el tema de mudarse provisoriamente suele aparecer como argumento justificatorio frente a los estigmas asociados al estereotipo de villero. Viviendo en un barrio cercano (y conociendo Torres por las visitas a su tía), la primera reacción de Analía, según su narración, fue el rechazo. Ante la burla de Marcela, enseguida pasó a justificarse: era lo mismo que ellas ahora pensarían de Puerta de Hierro (otra villa de La Matanza) o los de Puerta de Hierro sobre la Torres, a la vez que desde entonces las condiciones de vida habían mejorado (cuando llegó, debía acarrear agua de una canilla pública y su familia vivía en un pasillo frente al alambrado de la fábrica). Marcela, en cambio, no había necesitado «acostumbrarse» a vivir allí porque, habiendo llegado de Santiago del Estero a los tres años junto con su madre, llevaba más de treinta y cinco en «La Torres».

Para explicar la permanencia, Analía contrastaba la situación en Torres con la vivida en un barrio periférico de Buenos Aires. Mientras en el barrio les habían robado en varias oportunidades, en la villa siempre estuvieron tranquilos. «*Acá adentro nunca pasó que lastimen a la misma gente de acá adentro*», me explicó Marcela más tarde. La distinción entre *adentro* y *afuera* marca una frontera fuerte. A diferencia de lo que ocurre en otros barrios de la ciudad por los que uno pasa, va y viene, en Torres se entra y se sale. Como argumenta Segura (2009), este lenguaje es habitual al referir a las villas. A la vez, la frase de Marcela mencionaba una regla asociada a la profesionalización delictiva: «*no robar en el barrio y no robar a la gente pobre, que en términos concretos implica a veces lo mismo: no robar a los vecinos en similar situación a la propia*» (Kessler, 2004: 104). En principio, Torres no era peligrosa en términos absolutos sino que dependía del punto de vista, diferenciando entre la gente de acá y la de afuera. Aún cuando esta afirmación general requería algunos matices (reconociendo los peligros que enfrentaban los «chicos» por el «ambiente» o los miedos que soportaban algunos «viejitos» frente a los pibes en las esquinas), Analía y Marcela insistían en el contraste.

Así enfrentaban el estigma de villero, tomando por eje la cuestión de la peligrosidad.

Según estas mujeres, Torres era tranquilo para sus habitantes porque todos se conocían entre sí. El conocimiento mutuo es considerado un rasgo central de la vida en Torres. Marcela lo contrastaba con la situación en otros barrios cercanos que parecían más lindos pero resultaban más peligrosos para vivir: donde no había gente en las calles, los vecinos ni se conocían entre sí y cada uno llevaba «una vida más solitaria». La comparación servía para desplazar la imagen de peligrosidad hacia otro lugar. Llamativamente, los criterios usados antes para distinguir a la parte nueva (valorizándola) reaparecían aquí pero negativamente.

Luego de cuestionar el estigma asociado a la villa, Analía insistía en que ella no quería irse del barrio. También Marcela sostenía un discurso similar. Lo explicaba por la cercanía de toda su familia y, además, porque conocía a todos, sabía quiénes eran buenos y quiénes no. Mientras el cura consideraba la fama brava de Villa Torres tal como era usada hacia afuera (diferenciando contextos para apelar o no a la misma), ellas privilegiaban los vínculos hacia adentro del barrio. El énfasis en la voluntad de quedarse puede entenderse también frente a la perspectiva de salir de la villa como horizonte de progreso. Marcela concluyó: «*Yo nunca me quise ir pero si hubiera querido, no hubiese podido*». De una forma similar, la toma del campito del fondo en 1999 se justificó como una acción de los jóvenes del barrio que no querían (ni podían) salir y no tenían un lugar propio donde formar sus familias. Esa imposibilidad condujo a buscar otros horizontes, a través de la acción colectiva (articulada con políticas públicas). Implicó también elaborar y reivindicar una historia común donde el valor del barrio lograba densidad para los mismos pobladores. Según José cuenta hoy, él mismo apelaba a una memoria colectiva cuando, luego de la toma, buscaba consenso.

J.—Entonces en las asambleas grandes, yo llevaba a la gente a que vuelva veinte años atrás para explicarle que era la única forma de que mantengamos la historia de nuestro barrio porque si urbanizamos, dentro de treinta años íbamos a encontrarnos en una esquina y acordarnos: «*¿Te acordás cuando el hermano del Negro le pegó a Frany y lo tiró?*» Era todo un sentimiento. Era la forma de decirle: «*Una de dos: o urbanizamos el barrio o vamos a comprar casas en otros lugares y perdemos todo lo que vivimos acá*».

Para José, la urbanización permitía entrelazar el pasado con el futuro, colocando al barrio como actor colectivo. La toma se validaba como continuación de una historia local, resaltando el protagonismo de los jóvenes mientras José quedaba en el centro, como actor y narrador de esa histo-

ria. Urbanizar era continuar con esa historia, en lugar de salir del barrio.

Aquí, he intentado esbozar cómo algunas facetas de la relación entre barrio y villa en Buenos Aires se concretan en Torres. En relación con este planteamiento, la charla con Analía y Marcela ha ayudado a mostrar que la villa es también barrio (no solo porque Villa Torres puede ser también Barrio Arieta sino porque lo es como Torres). Esto no niega el estigma que pesa sobre la categoría de «villa». Aquí muestro algunas respuestas: la reivindicación (para impactar), la relativización (según uno sea de acá o de afuera) o el desplazamiento hacia otros internos (los pibes o quienes cartonean –aunque de manera distinta, separando lo que el estigma de pobre reúne–). Quizá este análisis permita también interrogar qué implica la pretensión de ser barrios formales, en tanto no parece existir una imagen única de barrio formal, y aquellos que se ven como posibilidad no resultan especialmente atractivos. Quizá esto contribuya a sostener la hipótesis de que la oposición villa/barrio capta solo un nivel muy general y tiende a oscurecer tanto las trayectorias como los sistemas de clasificación que se ponen en juego cotidianamente.

Finalmente, Analía y Marcela me brindaron una primera aproximación a Villa Torres, desde una mirada que, buscando valorizar Villa Torres y la urbanización, mostraba algunos ejes centrales de los sentidos del barrio y sus tensiones. Hasta aquí he seguido de cerca mi primera entrevista en Villa Torres. La especificidad de Villa Torres se muestra en esa ambivalencia que plantea constituirse como barrio organizado: pobre y unido a la vez. A continuación pretendo profundizar en el análisis de algunas líneas abiertas por esta charla inicial..., y sus silencios. Trataré de dar cuenta así de los modos en que el conocimiento local no solo opera como discurso legitimador sino que contribuye a concretar pragmáticamente esta política pública.

El asentamiento

Patricia.–Todos le ponen... Para allá es «6 de Enero», «2 de Enero», por las fechas de...

E.–¿Así que este se llama «2 de Octubre»?

Mirta –No... Se llama Villa Torres [risas]. Sí lo festejamos... Porque peleamos por todo esto.

En Villa Torres, la urbanización era valorada como logro de una lucha colectiva. La toma que le dio origen tuvo lugar el 2 de octubre de 1999. Según Mirta, una de nuestras guías durante los «recorridos» por el ba-

rrio, esa fecha podía ser conmemorada pero no dar nombre al barrio, como ocurría en varios asentamientos de la zona. Mientras Merklen (1991) reconocía la categoría «asentamiento» como forma novedosa del hábitat popular que se constituía en oposición a la villa y en referencia al modelo de barrio a partir de la acción colectiva a inicios de los 80, aquí estas categorías se veían trastocadas por el peso de la urbanización y su reconocimiento de la historia de Villa Torres como fundamento. El término asentamiento, en cambio, había quedado reducido a un espacio marginal. Se ubicaba en la esquina más alejada de los accesos al barrio. Ocupaba un terreno no incluido como parte de Villa Torres según las políticas públicas vigentes. No figuraba en los planos que nuestras guías locales nos habían provisto (aunque sí en el que José tenía en su oficina). Tampoco era referido en la caracterización dada por Analía que da título a este artículo. ¿Por qué?

Constituirse (y mostrarse) como un barrio organizado, resultaba clave en la continuidad de Torres como «emblema» de urbanización. El énfasis en el orden existente en el barrio estaba presente en la charla con Marcela y Analía. ¿Pero eso podría explicar por qué ellas olvidaban el asentamiento? El mismo no era ajeno a la urbanización. Por el contrario, había sido planificado como parte del mismo proceso (como negociación con quienes rehusaban a levantar la toma, luego de las primeras negociaciones de José con las autoridades municipales). El terreno había sido alisado y loteado respetando las normas urbanísticas vigentes, con el asesoramiento técnico del personal municipal. Sus habitantes eran parientes de quienes vivían en el barrio viejo o en las casitas. Como las casas en el barrio viejo, los terrenos en el asentamiento eran objeto de cambio entre vecinos de toda Torres. Quizá antes que la noción de orden, el asentamiento pusiera en cuestión una perspectiva lineal sobre el progreso del barrio combinando estética, higiene y moral. Mostraba, más bien, el ajetreo de los inicios: las casillas de chapa y madera, los montículos de basura quemada, y el trabajo de autoconstrucción.

Daniela.—Como acá [en Torres] hay mucha gente a la que le dieron la vivienda nueva, a nosotros que estamos acá [en el asentamiento] nos discriminan mucho. En eso cambió mucho. Porque nosotros vamos para aquel barrio [parte nueva] y mucha gente nos mira como diciendo: «¿*Qué hacen acá?* ¿*Ustedes no son de los ranchitos del otro lado?*».

Daniela resaltaba la discriminación de sus antiguos vecinos hacia quienes, como ella, vivían en los «ranchitos» al «otro lado» de las «viviendas nuevas». Un campito separaba ambas zonas. Paradójicamente, ese campito era usado por todos los habitantes de Torres para competir entre sí

en los partidos de fútbol que se organizaban los sábados. El campito los separaba pero también los relacionaba entre sí. Quizá Daniela subrayara la discriminación porque ella y su familia ejemplificaban una de las situaciones más desdichadas dentro del barrio: su casilla de madera se había quemado hacía unos meses y estaban viviendo en un galpón lindante, cedido por la cooperativa (donde hasta entonces había funcionado un merendero). Pero su propia situación mostraba la densidad de los contactos entre el asentamiento y el resto de Torres.

Según contaba, corrían muchos «chusmeríos» también entre sus propios vecinos: que ella y su madre habían quemado la casa a propósito para que la cooperativa les construyera una de material. Su tía, que era enfermera y vivía en una casita nueva, lo había escuchado en el colectivo y en la verdulería. Mientras, Daniela iba a hablar con José y otros miembros de la cooperativa que le habían prometido la mano de obra si ella recolectaba ladrillos de las demoliciones en el barrio viejo. Eso hacía después de salir de su trabajo en un peladero. Ya le habían prometido chapas y tirantes para el techo en Acción Social.

Hacia diciembre del año siguiente, visité nuevamente a esta familia. Según me contaron, tres cooperativas habían cedido los materiales para construir la casa y estaban pagando a un vecino por la mano de obra. Todavía faltaban las aberturas y los techos. Mientras, Daniela y su familia continuaban en el galpón. Cerrado el merendero, el único comedor que funcionaba en el barrio era el de la parroquia. Allí también se repartía «mercadería» (alimentos no perecederos), que Daniela o su mamá solían retirar. Si no, recurrían a la carnicería del hermano de la mamá en el barrio viejo.

Para entonces el asentamiento había mejorado mucho. Unos decían que era porque vivían muchos paraguayos y trabajaban más que los argentinos, sabían construir y se hacían casas lindas. Otros decían que estaban mejor porque allí se habían mudado los *transas* (vendedores de droga). Estas explicaciones no eran suficientes. Como para arreglar la casa de Daniela, la cooperativa también estaba presente en el asentamiento. Así me contaba Pedro:

P.—Ahora también tenemos agua corriente y luz en la calle. Y la gente ya empezó a creer más, porque vio lo que estuvimos haciendo. Ya hablamos que no es nada más para los que están en la política, es para todos igual. Lo que falta es la vivienda. Pero se va a hacer. Nosotros ya lo hablamos. Esté este gobierno o venga otro. Primero se termina en este barrio y después se hace en el nuestro.

E.—¿Con quién hablaron?

P(marcando que es obvio).—[José] Domínguez.

Pedro trabajaba en política con la delegada del asentamiento. Ellos habían reunido las cuotas para que la cooperativa pusiera las luminarias y conectara el agua corriente. Para Pedro la gente empezaba a creer más porque veía lo que ellos hacían. Cuando charlamos, estábamos comiendo un choripán en el tinglado de la parroquia después de un acto. A la tarde Pedro tenía que reunir a los pibes de la murga y llevarlos a otro acto en Casanova, una localidad cercana en La Matanza. Trabajaba políticamente para José. Trabajaba por mejoras en «su barrio», y por la promesa de que la urbanización también llegaría a sus viviendas. A diferencia del resto de Torres, allí la urbanización no era un derecho reconocido en proceso de concreción sino algo a conseguir, trabajando políticamente.

Entre los habitantes de Torres, el asentamiento era parte del barrio y estaba fuera de él. Recibía diferentes nombres: «el asentamiento» (por su formación), «el Federal» (por la propiedad de los terrenos) o «el barrio de los paraguayos» (por el origen de muchos de sus habitantes). Una primera mirada podría concebir al asentamiento como el espacio de los *outsiders* frente a los establecidos (Elias y Scotson, 2000). Pero la división entre asentamiento y barrio no se mantenía estable a lo largo del tiempo ni constituía dos categorías sociales separadas entre sí. Más bien, el asentamiento contribuía a que la estatalización del barrio pudiera sostenerse, desplazando algunas de sus tensiones: por un lado, el asentamiento permitía apartar los posibles conflictos que la legalización urbanística traía aparejados ya fuera frente a quienes no estaban contemplados en el censo posterior a la toma, de cara a aquellos que no tenían recursos suficientes para el pago de impuestos, o con quienes mantenían actividades ilegales como medio de vida; por otro lado, numerosos habitantes del asentamiento estaban regularmente implicados en la movilización política que formaba parte de la urbanización en tanto, para ellos, no era un derecho ya reconocido sino una promesa a realizar.

Finalmente, los sentidos atribuidos al asentamiento ayudaban a entender las complejidades del barrio en proceso de urbanización de un modo que los discursos de Analía y Marcela omitían o solo insinuaban. Llevar adelante la urbanización implicaba actualizar diferenciaciones internas que mostraban cómo se efectivizaba el dispositivo gubernamental *in situ*. Constituirse (y sostenerse) como barrio organizado conllevaba eludir los límites formales del programa de urbanización, continuando con lógicas barriales de tramitación de los conflictos internos y articulándose con lógicas políticas de gobierno. El Estado, encarnado en José, los funcionarios y los miembros de la cooperativa, no se reducía a una mirada sinóptica (y distante) sino que se concretaba en base a un profundo conocimiento local.

Conocimiento local

En este artículo, he mostrado cómo se elabora un dispositivo gubernamental específico en una villa de Buenos Aires, discutiendo con la concepción de Scott sobre el Estado moderno. Como Ferguson y Gupta (2002) han argumentado, los dispositivos neoliberales introducen modos diferenciales de espacialidad respecto del Estado moderno. En especial, ellos muestran cómo lo local se constituye en conexión con dispositivos transnacionales que desafían al Estado en África. Aquí, en cambio, no se trata tanto de un mecanismo contrario al Estado sino que es posible reconocer cómo el Estado se concreta en procedimientos localizados de estatalización barrial. Específicamente, he analizado cómo Villa Torres se constituye (y sostiene) como barrio organizado a partir de la combinación entre un discurso local de valoración del «cambio» largamente sedimentado, una historia común actualizada en las presentaciones de mis guías y su identificación como «gente del barrio», y un conocimiento práctico sobre los modos de tramitar las tensiones barriales redefinidas por la urbanización. En este sentido, este análisis muestra cómo se resuelve prácticamente la paradoja que introducen las políticas públicas focalizadas: los barrios tienen que presentarse ante el Estado como pobres y unidos a la vez. Para mostrar esta complejidad, me centré en la tensión entre las categorías locales de villa y barrio (y asentamiento).

¿La urbanización implicaba atravesar el pasaje de villa a barrio? Mi primera entrevista mostraba las ambigüedades de esta distinción, encadenando dos ejes. Por un lado, el pasaje cobraba espacio a través de la separación entre parte nueva y parte vieja (aludida irónicamente). El cambio de lugar debía validarse apelando a un cambio en la persona, a partir de criterios higiénicos, estéticos y morales. A la vez, se elaboraba en relación con otros internos: los pibes en las esquinas y quienes cartoneaban. Por último, la valorización de Torres VIP se centraba en la casa, más que en el barrio. Entonces, ¿la parte nueva podía pensarse como barrio? ¿Por qué se le decía comúnmente «las casitas del fondo»?

Por otro lado, el discurso de Analía y Marcela comprendía también una valorización de Torres, a partir de su centro (en la parte vieja). En principio, Villa Torres era también Barrio Arieta. Sus dos nombres, vinculados a su historia, se ponían en juego hacia fuera: el estigma asociado a la villa podía también prestigiar u ocultarse (según el contexto). Pero ellas mostraban, más bien, una valorización hacia dentro del barrio, donde se ponían en juego los lazos de parentesco y los vínculos entre vecinos. Insistiendo sobre la frontera fuerte (en que se constituía también

el estigma), ellas querían al barrio porque, contrariamente a lo que un observador externo experimentaría, para ellas resultaba más tranquilo que otros barrios (supuestamente lindos) donde podrían vivir.

La ambigüedad entre estos dos ejes resulta estructurante para comprender la urbanización como proyecto, y la figura del barrio organizado implicado en ella. La urbanización era una forma de mejora posible. Sin embargo, no todos la valoraban igual. En el horizonte, la posibilidad de cambiar, de progresar, consistía el valor central, dentro del cual la urbanización era reconocida (valorada y relativizada).

Una de las formas en que Villa Torres ha logrado constituirse y sostenerse como «emblemata» de urbanización ha sido validando esta imagen de barrio (y a quienes lo encarnan frente a los vecinos y a los funcionarios), a través del tiempo (y las tensiones). En ese sentido, la primera entrevista era significativa también por sus silencios. El asentamiento quedaba fuera de esta concepción del barrio (así como del plano que recibimos). Producto de la urbanización (y en permanente cambio), constituía un espacio entramado en la misma como lugar hacia el cual se desplazaban algunos de sus conflictos: recién llegados, no censados, quienes preferían o no podían vivir con todo «legal» (fuera por sus ingresos o por sus actividades), o quienes esperaban la urbanización y trabajaban en política para ello. Si la urbanización se entramaba en una red política gubernamental, el asentamiento también resultaba clave para el sostenimiento de los compromisos mutuos en tanto allí la urbanización era un logro a conquistar a través de la movilización política.

Finalmente, el conocimiento local puede comprenderse como un modo de apropiación de las políticas estatales. Quienes llevan adelante la urbanización en Torres se refieren a sus modos de actuar como «estrategia» o «artimaña». Claramente para ellos, la urbanización es un logro. En esta apropiación, el Estado se constituye como tal en tanto se concreta. Antes que oponer Estado y conocimiento local, es importante analizar cómo se articulan para evitar contribuir a su idealización.

Referencias bibliográficas

- Cravino, C. (2006). *Las villas de la ciudad. Mercado e informalidad urbana*. Los Polvorines: UNGS.
- Cravino, C. (2008). *Vivir en la villa. Relatos, trayectorias y estrategias habitacionales*. Los Polvorines: UNGS.
- Elias, N. y Scotson, J. (2000). *Os establecidos e os Outsiders. Sociologia das relações de poder a partir de uma pequena comunidade*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.

- Ferguson, J. y Gupta, A. (2002). Spatializing states: toward an ethnography of neoliberal governmentality. *American Ethnologist*, 29: 981-1002.
- Ferraudi Curto, M.C. (2009). No entendía nada de política: la salida política de un dirigente barrial en la urbanización de una villa en La Matanza. *Apuntes de Investigación del CECYP*, 16/17: 149-171.
- Frederic, S. (2009). Trabajo barrial, reconocimiento y desigualdad en Lomas de Zamora, 1990-2005. En *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. A. Grimson; M.C. Ferraudi Curto y R. Segura, Comps. Buenos Aires: Prometeo.
- Germani, G. (1967). La ciudad como mecanismo integrador. *Revista Mexicana de Sociología*, XXIX(3): 387-406.
- Gorelik, A. (1998). *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Buenos Aires: UNQUI.
- Guber, R. (1991). Villeros o cuando querer no es poder. En *Barrio sí, villa también. Dos estudios de antropología urbana sobre producción ideológica de la vida cotidiana*. Buenos Aires: CEAL.
- Gutiérrez, L. y Romero, L. (2007). *Sectores populares, cultura y política: Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Hermitte, E. et al. (1983). Análisis Sociocultural de dos comunidades del GBA: Impactos externos y autogestión. Buenos Aires: FLACSO.
- Kessler, G. (2004). *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires: Paidós.
- Margulis, M. (1968). *Migración y marginalidad en la sociedad argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- Merklen, D. (1991). *Asentamientos en La Matanza. La terquedad de lo nuestro*. Buenos Aires: Catálogos.
- Oszlak, O. (1991). *Merecer la ciudad. Los pobres y el derecho al espacio urbano*. Buenos Aires: Estudios CEDES/Humanitas.
- Peirano, M. (1997). Antropología política, ciência política e antropologia da política. *Série Antropologia*, 231.
- Prévôt-Schapira, M.-F. (1996). Las políticas de lucha contra la pobreza en la periferia de Buenos Aires, 1984-1994. *Revista Mexicana de Sociología*, 59(2): 73- 93.
- Ratier, H. (1972). *Villeros y villas miseria*. Buenos Aires: CEAL.
- Scott, J. (1998). *Seeing like a state: how certain schemes to improve the human condition have failed*. New Haven: Yale University Press.
- Segura, R. (2009). Si vas a venir a una villa, loco, entra de otra forma. En *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. A. Grimson; M.C. Ferraudi Curto y R. Segura, Comps. Buenos Aires: Prometeo.
- Wacquant, L. (2007). *Los condenados de la ciudad: Gueto, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI.